

VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE

Hoja 13

EVANGELIO DE LA SEMANA

Marcos 1,7-11

"Tú eres mi Hijo amado, mi predilecto"

En aquel tiempo, proclamaba Juan: "Detrás de mí viene el que puede más que yo, y yo no merezco agacharme para desatarle las sandalias. Yo os he bautizado con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo." Por entonces llegó Jesús desde Nazaret de Galilea a que Juan lo bautizara en el Jordán. Apenas salió del agua, vio rasgarse el cielo y al Espíritu bajar hacia él como una paloma. Se oyó una voz del cielo: "Tú eres mi Hijo amado, mi predilecto."

Esta semana: **MISIÓN:**

Las Migraciones.

VERDADES ESENCIALES DE LA FE:

El Bautismo de Jesús.

LAS MIGRACIONES

En muchas regiones del mundo se viven hoy situaciones de dramática inestabilidad e inseguridad. No es de extrañar que, en esos contextos, a los pobres y abandonados se les ocurra la idea de huir en busca de una nueva tierra que les pueda ofrecer pan, dignidad y paz. Es la emigración de los desesperados: hombres y mujeres, a menudo jóvenes, a los que no queda más remedio que dejar su país, aventurándose hacia lo desconocido.



La sociedad se ve forzada a afrontar la cuestión de los "clandestinos", hombres y mujeres en situación irregular, privados de derechos en un país que se niega a acogerlos, y víctimas de la criminalidad organizada o de empresarios sin escrúpulos.

El compromiso de los cristianos encuentra su fuerza en el amor de Cristo, que es la buena nueva para todos los hombres. La Iglesia trabaja para que se respete la dignidad de toda persona, para que el inmigrante sea acogido como hermano y para que toda la humanidad forme una familia unida, que sepa valorar con discernimiento las diversas culturas que la componen.

En Jesús, Dios vino a pedir hospitalidad a los hombres. Por esto, pone como virtud característica del creyente la disposición a acoger al otro con amor.

Quiso nacer en una familia que no encontró alojamiento en Belén (cf. Lc 2, 7) y vivió la experiencia del destierro en Egipto (cf. Mt 2, 14). Jesús, que "no tenía dónde reclinar la cabeza" (cf. Mt 8, 20), pidió hospitalidad a aquellos con los que se encontraba. A Zaqueo le dijo: "Hoy tengo que alojarme en tu casa" (Lc 19, 5). Llegó a identificarse con el extranjero que necesita amparo: "Era forastero y me acogisteis" (Mt 25, 35). Al enviar a sus discípulos en misión, les asegura que la hospitalidad que reciban le atañe personalmente: "El que os acoge a vosotros, a mí me acoge; y el que me acoge a mí, acoge a Aquel que me envió" (Mt 10, 40).

¿Cómo podrán los bautizados pretender que acogen a Cristo, si cierran su puerta al extranjero que se les presenta? "Si alguno que posee bienes de la tierra ve a su hermano padecer necesidad y le cierra su corazón, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios?" (1 Jn 3, 17).

La Iglesia escucha el grito de sufrimiento de los desarraigados de su propia tierra, de las familias forzadamente divididas, de los que, en los rápidos cambios actuales, no encuentran una morada estable en ningún lugar. Percibe la angustia de quienes carecen de derechos y de toda seguridad, quedando a merced de cualquier tipo de explotación, y se hace cargo de su infelicidad.

“Es urgente que se sepa superar, con relación a los emigrantes una actitud estrictamente nacionalista, con el fin de crear en su favor una legislación que reconozca el derecho a la emigración, y favorezca su integración. Es deber de todos –y especialmente de los cristianos- trabajar con energía para instaurar la fraternidad universal, base indispensable de una justicia auténtica y condición de una paz duradera” (Pablo VI, Octogesima adveniens, 17).

Trabajar por la unidad de la familia humana quiere decir esforzarse por rechazar toda discriminación basada en la raza, la cultura o la religión como contraria al plan de Dios. Significa testimoniar una vida fraterna fundada en el Evangelio, respetuosa de las diversidades culturales y abierta al diálogo sincero y confiado. Conlleva la atenta vigilancia para que en cada Estado la legislación relativa a la inmigración se base en el reconocimiento de los derechos fundamentales de la persona humana.

La Virgen María, que se apresuró a ponerse en camino para ayudar a su prima Isabel y que con la hospitalidad recibida se alegró en Dios su Salvador (cf. Lc 1, 39-47), sostenga a todos los que se pongan en camino con corazón abierto a los demás, y les ayude a ver en ellos a hermanos, hijos del mismo Padre (cf. Mt 23, 9).

Juan Pablo II

EL BAUTISMO DE JESÚS

El compromiso que nace del Bautismo es el de ‘escuchar’ a Jesús: es decir, creer en Él y seguirle dócilmente haciendo su voluntad, la voluntad de Dios. De este modo, cada uno de nosotros puede tender a la santidad, una meta que, como recuerda el Concilio Vaticano II, constituye la vocación de todos los bautizados”.

En esta fiesta litúrgica, que cierra el período de Navidad e inicia el “tiempo ordinario”, el evangelista Lucas narra cómo, mientras Jesús estaba en oración, se abrió el cielo y bajo forma de paloma, descendió a Él el Espíritu Santo. Se trata de la manifestación del misterio trinitario de forma clara y completa pero al mismo tiempo se trata de un acontecimiento que marca el inicio del ministerio público de Jesús en Palestina.

El bautismo de Jesús en el Jordán, es el anticipo de su bautismo de sangre en la Cruz, y también es el símbolo de la completa actividad sacramental con la que el Redentor llevará a cabo la salvación de la humanidad” (Como Cristo lleva adelante la misión del Padre, la Iglesia lleva adelante como continuadora la misión de Jesús). En el bautismo de Cristo –canta la Liturgia de hoy– el mundo se santifica, los pecados vienen perdonados; en el agua y en el Espíritu nos volvemos criaturas nuevas.



Existe una estrecha correlación entre el Bautismo de Cristo y nuestro Bautismo. En el Jordán se abrió el cielo para indicar que el Salvador nos ha abierto la vía de la salvación y precisamente, nosotros podemos recorrerla gracias al nuevo nacimiento ‘de agua y de Espíritu’ (Jn 3,5) que se realiza en el Bautismo.

Por lo tanto el compromiso que nace del Bautismo es el de ‘escuchar’ a Jesús: es decir, creer en Él y seguirle dócilmente haciendo su voluntad, la voluntad de Dios. De este modo, cada uno de nosotros puede tender a la santidad, una meta que, como recuerda el Concilio Vaticano II, constituye la vocación de todos los bautizados.

Por medio del bautismo se da una misión a cada cristiano. En el bautismo de Cristo se manifestó la misión mesiánica de Cristo, pues fue ungido con el Espíritu Santo. El bautismo cristiano da una misión a cada bautizado. Su misión es reproducir en su vida la imagen de Jesucristo, quien murió y resucitó por nosotros. Por eso, cada uno tiene que imitarlo según su vocación, según su estado y condición de vida: el casado de una manera, el religioso de otra manera, el político de otra... Lo maravilloso es que cada persona es única e irrepetible y tiene la misión de imitar a Cristo también en una manera única e irrepetible.

La salvación que nos trae Cristo no es sólo una ética, unas normas de comportamiento. Es una fuerza interior. Su misma fuerza. Su principio vital (Espíritu Santo) que nos posibilita vivir con facilidad como él vivía. Estamos llamados a que en nosotros vaya creciendo esta vida divina, esta presencia del Espíritu Santo.

De esta manera, también nosotros iremos siendo transformados, porque tenemos el mismo Espíritu que Cristo. Por eso, podemos dar la vida por nuestros hermanos como hizo Cristo, podemos vivir con humildad y amor, como Cristo en la pasión, una humillación pública o perdonar y amar a aquellos –pariente, vecino, compañero de trabajo o adversario- que tanto nos han herido: porque tengo dentro de mí el mismo espíritu de Cristo que me hace decir “Padre perdónalos porque no saben lo que hacen”.

Esto es la vida cristiana: que vaya creciendo en nosotros la presencia y acción del Espíritu Santo. De los medios que nosotros pongamos dependerá esa presencia del Espíritu en nosotros.

ORACIÓN

Mirad bien a mi Siervo, escuchad bien a mi Hijo, muy amado. Dios pequeño y amigo a vuestro lado, sabedor de dolencias, compañero.

Bautízame, Juan, con el agua del Jordán. Limpia el barro de mi alma.

Bautízame, Jesús con el agua y con tu luz.

Bautízame en el fuego que transforma, llama viva perenne del Espíritu.

Bautízame en el océano del Espíritu, la fuente de amor secreta, que mana y corre.